

SIMBOLOGÍA Y CULTO DEL ÁRBOL Y EL BOSQUE EN LOS INICIOS DE LA CULTURA EUROPEA

Marcos Yáñez Velasco

Junio 2018

Marcos Yáñez Velasco

Doctor en Humanidades, Universitat Pompeu Fabra (UPF)

marcosyanezvelasco@gmail.com

Esta publicación no hace necesariamente suyas las opiniones y criterios expresados por sus colaboradores.
Queda autorizada la reproducción de este artículo, siempre que se cite la fuente, quedando excluida la realización de obras derivadas de él y la explotación comercial de cualquier tipo.

El CENEAM no se responsabiliza del uso que pueda hacerse en contra de los derechos de autor protegidos por la ley.

El Boletín Carpeta Informativa del CENEAM, en el que se incluye este artículo, se encuentra bajo una Licencia [Creative Commons Reconocimiento-NoComercial-SinObraDerivada 3.0](https://creativecommons.org/licenses/by-nc-nd/3.0/)



Porque entonces, en un mundo nuevo y bajo un cielo reciente, vivían de otra manera los hombres, que, nacidos al romperse un roble, o formados de barro, no habían tenido padres.

Virgilio¹

Cuando buscamos artículos académicos o información sobre los bosques lo que generalmente nos encontramos son trabajos que tratan al bosque desde una perspectiva ecológica o medioambiental, donde el bosque es entendido o bien como un espacio a gestionar o bien como un entorno a proteger para el que es necesario comprender sus dinámicas y características como sistema biológico complejo. Sin embargo, muy pocos son los trabajos académicos que en España han tratado al bosque como lo que también es: un paisaje simbólico con unas evocaciones bien definidas que lo diferencian de otros paisajes como el jardín, la montaña o el mar y que le han hablado al ser humano sobre lo que él mismo es. En este trabajo se pretende rastrear esas evocaciones en los albores de la cultura europea².

Para los antiguos, los bosques eran anteriores al mundo humano. Ya Virgilio traza una filiación entre los hombres primitivos y salvajes y los árboles, bosques donde habitaban los faunos y las ninfas indígenas y también hombres nacidos de los troncos de los robles. Los mitos germanos, muy diferentes, creían en la preexistencia de un árbol cósmico, Yggdrasil, eje del universo. La Biblia emplaza la creación del hombre el sexto día, después de la aparición de los árboles de toda especie. Estas creencias forjan el mito del bosque originario preexistente a los hombres pero la arqueología cuenta otra historia³. Al final de las últimas glaciaciones (14000-10000 a.c.) los Cromagnon vivían en zonas de estepas y tundras pobladas de bisontes y renos. En el periodo de calentamiento los árboles se hicieron poco a poco con la posesión del suelo, en un primer momento con abedules y pinos (8000-7000), más tarde con robledales (6800-5500) y con inviernos ya más fríos y húmedos llegaron las hayas y algunas coníferas como los abetos a partir de 2500 a.c. Sin duda las variaciones del bosque europeo en estas épocas fueron consecuencia de las variaciones del clima. El mito del bosque originario mostraba una vegetación estable, fija, una armonía sin la presencia del hombre, pero la vegetación demuestra todo lo contrario. El ser humano no borró los bosques para la agricultura con las hachas y después con los arados, las nuevas técnicas arqueológicas nos muestran un tapiz vegetal muy rico, no enteramente boscoso sino un mosaico de praderas, lagos, marismas, landas, monte bajo y bosques diferenciados. Estas zonas de débil cobertura forestal fueron aprovechadas por los neolíticos para extender los claros y las praderas donde introducir sus cultivos y dar pasto a sus ganados. Introdujeron así nuevas especies vegetales y animales que no existían en Europa.

Lo que en el neolítico sí existe es una sacudida psicocultural, un trastorno. Se produce una idealización de un periodo próspero de cosecha y armonía con los dioses y la naturaleza y que precede a la agricultura y al trabajo, a la violencia y a la guerra. Esto no sólo ocurre hoy sino que lo vemos también en la Edad de Oro de los romanos y el jardín del Edén de los judíos y cristianos. En el momento de la sedentarización se continúan o se recuperan antiguas simbologías, sobre todo la de la fertilidad expresada en la figura de la mujer y de la madre, pero también se producen cambios e incorporaciones. En el lenguaje simbólico de los mitos descubrimos una concepción nueva del hombre y del universo. A pesar de producir sus propios frutos mediante el cultivo hay un sentimiento de sujeción a la naturaleza a la que no se puede ultrajar ni profanar porque ello conlleva el castigo. La mayor parte de los mitos desde el Génesis a Grecia traen consigo un sentimiento de culpabilidad y una voluntad de sacrificio para asegurar la regeneración anual de la vegetación.

El mundo de los primeros campesinos habría favorecido así los cultos destinados a unas divinidades capaces de favorecer la recolección y la abundancia de alimento. Presentes en todas las sociedades agrícolas, éstos se encuentran en los panteones griegos, romanos, celtas y germanos, donde se entrecruzan diferentes dioses con forma humana, zoomorfa o vegetal que debían intervenir sobre la fecundidad de los trigos y las viñas⁴. (Chalvet, 2011: 28-29)

Pero honrando a los dioses de la cultura que aseguran los cultivos no van a dejar sin embargo de sentir veneración por las fuerzas de la naturaleza o las divinidades asignadas a ella, como ocurre con Yggdrasil en los pueblos germanos. El árbol, en la mayor parte de las creencias, representaba un enlace precioso

¹ VIRGILIO. *Sátira VI*: 1-13.

² Para una historia completa del desarrollo del tópico y del simbolismo del bosque en la cultura occidental véase mi trabajo *El bosque literario. Genealogía de un paisaje simbólico*. Tesis doctoral. Universitat Pompeu Fabra, 2017. Disponible online en la web de Tesis Doctorales en Red, TDR, del Ministerio de Educación.

³ Estudios realizados en el territorio de la actual Francia pero extrapolables a la Europa central y occidental. Estos estudios están comentados en CHALVET, Martine. *Une histoire de la forêt*. Paris: Éditions du Seuil, 2011. Pág. 19-26.

⁴ Para facilitar la lectura se han traducido las citas de los textos originales que no cuentan con traducción al español.



entre lo sagrado y lo profano, el presente y el futuro, como ejemplifican los robles de Dodona que transmitían los mensajes de Zeus.

Susurrando mil cantos, la silva⁵ conserva durante mucho tiempo esta tradición oracular, sobre todo entre los celtas. Símbolo de mediación entre la tierra y el cielo, entre el pasado, el presente y el futuro, el árbol representaba así el dinamismo de lo vivo. (Chalvet, 2011: 29)

La humanidad pronto empezó a divinizar al árbol porque a él le debía todo. Se le comprendía en su globalidad, anclado en la tierra pero bañado por el sol, alimentando y dando cobijo a los hombres, regulando las lluvias y purificando la atmósfera. El árbol dominaba el universo por lo impresionante de su silueta, mostraba el ciclo solar por el desplazamiento de su sombra, atenuaba sus rayos, que ya no quemaban, y atraía el agua y las lluvias benefactoras. Parece un señor de la naturaleza que, al igual que ella, se adormece en invierno y despierta en primavera. Este sentimiento pertenecerá a los pueblos indoeuropeos ya que la exploración tropical moderna, explica André Corvol⁶, no cambió nada a pesar de que, en función de la luz y las lluvias, el crecimiento nunca se detiene. En la zona templada la luminosidad marcaba el debilitamiento o el refuerzo, el acortamiento de los días provocaba la defoliación y, a la inversa, la foliación llegaba con la prolongación del día. El árbol aportaba el agua que faltaba y absorbía la que sobraba, indicaba el mensaje solar por la evolución de sus yemas y el desplazamiento de sus hojas pero también la actividad subterránea por el arraigamiento de sus raíces y semillas y el demarraje de su germinación. El culto a los árboles acompaña la revolución neolítica. En el Próximo y Medio Oriente comienza en el VIII milenio a.c. y en la Europa mediterránea hacia el V milenio a.c. marcada por tres hechos: la selección y el cultivo de plantas salvajes, el almacenamiento de las cosechas para planificar el consumo y sembrar de nuevo los campos y la ganadería de animales domesticados.

El árbol contribuía a la fertilidad y alimentaba a los pueblos, fuesen cazadores, pastores o recolectores. También servía para la elaboración de trampas y herramientas de caza. La maduración de los frutos en sus ciclos era una muestra de la llegada de los tiempos de caza y la posición de las hojas y las ramas anunciaba cualquier cambio meteorológico, modificando el comportamiento de las manadas y, por lo tanto, provocando el desplazamiento de los cazadores. En las inmensidades de la estepa su silueta era visible a gran distancia y anunciaba el cobijo y el descanso. En circunstancias adversas la corteza y el ramaje protegían de la nieve, el frío y el viento. Por todo esto el árbol inspira prácticas mágicas y adivinatorias. Por su intermediación el hombre apacigua la naturaleza y descubre su destino. En este bosque primitivo, inmenso y oscuro, que jamás había sido explotado, los árboles honrados eran especiales por su gran talla o su edad indeterminada y, entre ellos, uno en especial hacía de eje del mundo y de origen de la multiplicidad de las formas, consorte de la madre naturaleza. *“Los mitos instalan así la pareja primordial, el Árbol y la Madre, en el claro originario que rodeaba el bosque primitivo.”* (Corvol, 2009: 78)

Entre los grandes árboles y los hombres la desproporción era evidente. Las epopeyas narran las proezas de un personaje que abatía a adversarios indestructibles ya que en el imaginario el más débil puede acabar con el fuerte. Este tema convenía a la instalación dinástica y a la implantación religiosa en un momento en que en la antigüedad greco-oriental las confundía, ya que el mismo individuo ostentaba el poder religioso y militar. La legitimidad de sus descendientes era incontestable porque eran sus clones rectos y fuertes. Todas las leyendas están ligadas a la arboricultura y la agricultura. Hércules trae las naranjas del jardín de las Hespérides, Jasón trabaja la tierra con toros y Gilgamesh desbroza la montaña. Esta destrucción valía la pena por la naturaleza de los frutos (las bayas del tejo están envenenadas, por ejemplo). Pero, como indica Robert Pogue Harrison⁷, estas leyendas relacionadas con la agricultura y la arboricultura propias del Neolítico, encierran también la oposición entre civilización y bosque y, por ende, un miedo a lo salvaje y un ansia de destrucción del bosque.

Gilgamesh, la obra literaria más antigua que se conserva, es precisamente el ejemplo⁸. Gilgamesh es el primer héroe de la literatura escrita y para Harrison también es el primer arquetipo de la problemática espiritual que afecta a toda la civilización al preguntarse sobre el significado de la vida, el problema de la muerte, la voluntad de poder y la vana búsqueda de la inmortalidad. Precisamente el bosque será lo antagónico a Gilgamesh como ya era lo antagónico a la sociedad, a la percepción lineal del tiempo, a la historia y la memoria abierta en el claro del bosque desde las tumbas de los antepasados. Gilgamesh, rey de Uruk, ciudad bajo los auspicios de Anu, dios del cielo, viaja desde la ciudad al bosque de los cedros para matar a Humbaba, guardián del bosque. Gilgamesh, que vivió realmente hacia 2700 a.c. (seis siglos antes de que su epopeya se pusiese por escrito), era recordado por haber construido las

⁵ Nombre latino para designar el bosque profundo, diferenciado del *nemus*, bosque intermedio en el que pastaban los ganados y recolectaban los campesinos. De *silva* provendrá la palabra 'salvaje'.

⁶ CORVOL, André. *L'arbre en occident*. Paris: Fayard, 2009. Pág. 75-94.

⁷ HARRISON, Robert Pogue. *Forests. The shadow of civilization*. Chicago: The University of Chicago Press, 1992. Pág. 13-18

⁸ *Poema de Gilgamesh*. Trad. de Federico Lara Peinado. Madrid: Tecnos, 2005.



murallas de Uruk, esas murallas que aíslan y distinguen, protegen la cultura y la memoria y abstraen al hombre de su entorno al separarlo de sus medios primarios de subsistencia. Las murallas cercan el reino de las instituciones y de la identidad abstracta de la ciudad: *"Las murallas, no menos que la escritura, definen la civilización. Son monumentos de la resistencia al tiempo, como la escritura misma, y Gilgamesh es recordado por ello."* (Harrison, 1992: 14-15). Gilgamesh representa la civilización al ser el constructor de aquello que separa la cultura de la naturaleza y la historia de la prehistoria, por ello en su viaje necesitará la compañía de su amigo y alter ego Enkidu, que representa la naturaleza silvestre y que es figurado en algunos relieves como un fauno, con patas y cuernos de cabra⁹. Enkidu muere para compensar la muerte del demonio guardián del bosque, Humbaba, lo que sumerge a Gilgamesh en una profunda melancolía que es interpretada como la nostalgia y angustia que siempre ha sentido el ser humano, que en su proceso de civilización se fue separando del mundo natural representado en los bosques y de su propia naturaleza animal, más salvaje pero también más libre¹⁰. En esta separación, en esta abstracción que implicó la civilización, el ser humano también descubrió su inferioridad respecto a ese mundo natural, su debilidad y la brevedad de su existencia en comparación con la naturaleza. La pérdida de Enkidu hizo que Gilgamesh se consumiese en terribles pensamientos sobre la muerte y que emprendiese otro viaje en busca de la vida eterna. Pero volvamos al principio, ¿qué es lo que lleva a Gilgamesh a talar el bosque de los cedros? La gloria, la realización de una hazaña que sea escrita para permanecer así en la memoria colectiva después de muerto y hacer que la memoria venza al tiempo y a sus ciclos inexorables.

En la Mesopotamia de la época no abundaban los bosques y era necesario marchar lejos en peligrosas expediciones para recoger madera que llevar a la ciudad. Aquéllos que hacían estos viajes cobraban gran fama porque debían enfrentarse a las fieras tribus que defendían estos bosques para después talarlos y transportar los troncos río abajo. Cuando Gilgamesh decapita al demonio Humbaba decapita todo el bosque. El bosque en el poema de Gilgamesh representa lo que permanece más allá de la ciudad, una ley más antigua que la civilización, la tierra en su trascendencia duradera. El bosque cubre la tierra y dura milenios porque se regenera a través de los ciclos de la vida vegetal y esto es algo que Gilgamesh no podrá hacer jamás. Su respuesta será la muestra de la rabia y la venganza que tantas veces el ser humano ha mostrado hacia el entorno natural. Lo que Gilgamesh quiere es que el bosque comparta el destino de los ciudadanos, por eso lo corta y arroja los troncos al río, precisamente porque en los rituales funerarios se arrojaban los cadáveres al río y éste se los llevaba flotando hasta que volvían a formar parte de la tierra.

En otras historias heroicas, fuera del poema de Gilgamesh, en la confrontación la vulnerabilidad de los héroes era esencial, de gran talla respecto a sus semejantes pero pequeño frente al enemigo vegetal. El héroe abatía los árboles y talaba sus copas humillándoles y retirándoles la grandeza. El héroe se convertía en un semidios y poseía todos los poderes imaginables. Aunque la inmortalidad le fuese accesible la rechazaba porque quería morir como los suyos y su sacrificio justificaba que su raza mandase sobre los hombres y sus herederos inmortalizasen el poder. Estas epopeyas nacen en el creciente fértil, con los cuatro ríos de los que hablan todas las historias, en los que se talan bosques para reparar y construir inmuebles, templos y palacios. En este contexto aparece la epopeya del Gilgamesh, que encuentra su fuente en el antiguo reino sumerio, en el bosque de cedros donde vivía la Diosa Madre Ishtar.

En el cruce de todos esos encuentros, los bosques representaban el misterio y lo sagrado. Su magia era tan fuerte como para albergar a los espíritus, testimoniando una forma de personalización de la naturaleza. En estos lugares a menudo sacralizados, los hombres han sentido durante largo tiempo, a veces incluso hasta épocas modernas, la presencia de una multitud de genios o de personajes con poderes. Según los periodos y las culturas, se encontraban, instalados bajo las raíces, duendes y gnomos celtas o enanos germanos. En las fuentes y los ríos se bañaban náyades o ninfas. En los bosques del alto Rhin se encontraban gigantes o elfos. La silva romana estaba trufada de silvanos, dríades, faunos, sátiros, silenos y panes. En los cuentos y las leyendas cada región guarda todavía sus propios seres misteriosos. (Chalvet, 2011: 30)

⁹ SANTAMARÍA FERNÁNDEZ, Ana Esther. *El arte emboscado. El regreso al bosque en la práctica artística desde 1968*. Tesis doctoral. Universidad Complutense de Madrid, 2015. Pág. 72.

¹⁰ *Ibid.* Pág. 72. HARRISON. *Forests...*, op. cit., Pág. 18.



Con el politeísmo, dioses específicos fueron consagrados a los bosques, a la caza o a los animales salvajes. Silvanus en el panteón romano, que aparece con forma humana con una hoz, corona de hojas y piñas, perro y árboles; o Pan, con cuernos y cuerpo de cabra. Los celtas tenían dioses protectores o vengadores ligados a los bosques, como Esus, dios forestal de la guerra, de la muerte violenta y de la recolección; Nemausus, dios de los bosques, de las fuentes y manantiales silvestres; Cernunnos, dios también de los bosques y los animales salvajes; o Arduina, diosa del jabalí y protectora del macizo forestal de las Ardenas. En cuanto a los germanos, Julio César y Tácito divergen sobre si veneran fuerzas naturales o dioses personales pero están de acuerdo en que ven manifestaciones de la divinidad en los fenómenos naturales. Los bosques provocan el doble sentimiento de veneración y pavor: “espacios de vida acogedores y abastecedores, podían también convertirse en sombríos y peligrosos, lugares de la muerte y el vagabundo.” (Chalvet, 2011: 31)



Cernunnos. Fragmento del caldero de Gundestrup

Los árboles eran considerados mediadores entre lo humano y lo sagrado y por ello se les hacían plegarias y ofrendas, pero en muchas ocasiones no se trata de venerar sólo un árbol sino un bosquecillo convertido en sagrado. Los propios autores romanos notan cómo los bosques sagrados de celtas y germanos están en plena *silva* mientras que los suyos están en un territorio intermedio entre el bosque profundo y la ciudad, el *nemus*, territorio donde pastan los ganados y donde se construían lugares de culto.

Los árboles sagrados eran de distintas especies y reflejaban las condiciones estacionales y la naturaleza del terreno y del clima. Pero no eran exclusivos, ya que sobre un mismo territorio podían coexistir cultos a árboles tan distintos como el roble y la palma. Lo que tenían en común estos árboles era una gran longevidad, una madera imputrescible y una gran producción de frutos. En el Próximo y Medio Oriente la palma era la protagonista, también en el bajo Egipto. En el espacio mediterráneo la palma tenía la competencia del olivo, ambos sustituidos hacia occidente por el roble y en el interior del continente también por el tilo. El árbol era doblemente sagrado por su renovación. Una vez desmochado recomponía su copa y de las nuevas ramas brotaban flores y frutos. Así, reverdecido, mostraba la riqueza de la tierra y se convertía en fuente de alimento. En las procesiones agrarias se portaban ramas con hojas en un ritual que imitaba el viento en las copas que atrae las lluvias. El árbol devino el esposo de la Diosa Madre. Su savia podía tener la blancura de la leche y del esperma, como en el caso del ficus, cuyo culto fue importante en las llanuras aluviales. El árbol sagrado presentaba todos los signos de la dualidad fecundante, demostración de la exuberancia de la vida.

El árbol sagrado es indisoluble de la figura del caduceo. Las dos serpientes, enlazadas sobre un bastón o un árbol, acercan el principio masculino y el principio femenino, el bien y el mal, lo positivo y lo negativo, y conducen la fuerza telúrica de la tierra al cielo, enlazándolos. Transportaban la energía vital ascendente y descendente. Tenían una significación equivalente al árbol cósmico y tanto los árboles como las serpientes figuraban en las celebraciones religiosas, sobre todo en las que se pedía la fertilidad de la tierra y de las mujeres para asegurar la supervivencia de la comunidad. Estas celebraciones propias de los romanos y los egipcios que han sobrevivido hasta la Edad Media tenían lugar en lo profundo de los bosques primero y en las plazas de los pueblos después.

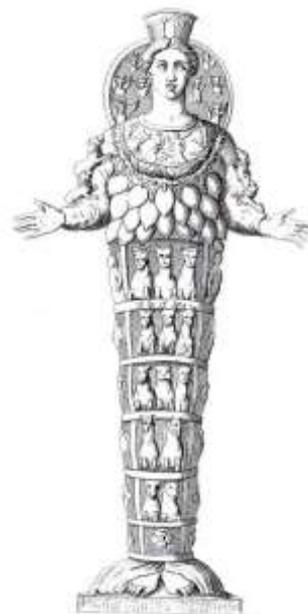
Todos estos ritos ancestrales muestran influencias asiáticas. En la leyenda de Gautama, *Mâyadevi*, su madre, toca con el pie izquierdo una raíz y con el brazo derecho una rama de higuera y, fecundada por el árbol, trae al mundo al futuro Buda, que alcanzará más tarde la iluminación (*bodhi*) a la sombra del “árbol de leche”. De la gran higuera, que quedará como “el árbol de los ascetas”, nacerá un bosquecillo. Esta higuera fue asociada a la Diosa Madre y a las serpientes enlazadas. Sus hojas eran los *védas* (verdades primeras) y los iniciados que allí recibían las enseñanzas alcanzaban la *Véda* (verdad suprema). *Véda* contiene la raíz sánscrita *vid-* (‘contemplar’, ‘conocer’) que en latín dará *videre* (‘verídico’, ‘verdadero’). La higuera era el “árbol cósmico” cuya raíz tocaba el cielo y cuyas ramas se internaban en el suelo, conectando el cielo y la tierra. Su savia, su fluido vital, le hacía autorregenerarse y engendrar árboles jóvenes tras los cuales vendrían el resto de seres vivos. Para Andrée Corvol hay cuatro elementos típicamente orientales que serán recuperados por occidente, tanto por los paganismos como por los monoteísmos. Estos son la inmaculada concepción, el retiro al bosque, el interés por la bóveda de follaje y el bosque sagrado que sirve de templo.

Todos los tratados sobre antiguas mitologías y deidades naturales aluden a la Diosa Madre, que aparece a lo largo de las distintas épocas en las culturas primitivas. Es la Cibele de Asia Menor, la Rea Silvia romana o las Gea y Ártemis griegas. Robert Pogue Harrison¹¹, siguiendo la lectura de la *Scienza Nuova* de Giambattista Vico, alude al tiempo anterior al establecimiento del patriarcado, un reino en el que la gran Madre envolvía a todos los seres y los creaba desde el caos primordial y la unidad de los orígenes. Era el reino de la indiferenciación en el que no existían, o no se concebían como opuestos, el cielo y la tierra, la vida y la muerte, lo animal y lo humano, la materia y la forma, el bosque y el claro. Este reino dura unos treinta mil años:

Desde los tiempos del Cromagnon hasta el final de la última edad de hielo y el periodo neolítico -alrededor de treinta mil años de su prehistoria- la raza humana fue la hija de la gran Diosa Madre. En su redonda biosfera, la vida, la muerte y el renacimiento se repiten eternamente, como los ciclos de la luna o la menstruación. (Harrison, 1992: 19)

Su derrocamiento se debió a la violenta imposición de los dioses masculinos del cielo durante la edad de bronce, gracias a las migraciones de las tribus nómadas hebreas y a la llegada de los pueblos indoeuropeos a las vertientes mediterráneas desde el este. En la opinión de Harrison la caída de esta Diosa Madre indiferenciada como divinidad dominante en la Antigüedad representa probablemente la revolución cultural más importante del pasado humano hasta la fecha.

En Mesopotamia esta diosa será Inanna (Ishtar semítica) y su símbolo será el toro, en particular los cuernos. La antigua Grecia también fue testigo de revoluciones religiosas similares durante su prehistoria y muchas de estas Diosas Madre pervivirán en distintas transfiguraciones incluso después del establecimiento del panteón olímpico. La principal deidad de este tipo en Grecia será Ártemis, cuyo símbolo será también el toro, en particular sus testículos. El culto a Ártemis era anterior al periodo helénico y era venerada como diosa de la fertilidad en Asia Menor, con un importante santuario en Éfeso. En las festividades en su honor los sacerdotes castraban multitud de toros y enlazaban los escrotos para crear guirnaldas que adornaban la imagen de madera de la diosa (*xoanon*). Esta imagen se llevaba en procesión desde el altar sagrado hasta el centro de la ciudad. En Éfeso los prebostes cristianos discutieron en 431 d.c. sobre los que consideraban cultos alarmantes hacia la Virgen María que se habían propagado por las comunidades cristianas de la zona. En estos tiempos la figura de la Virgen María no era deificada ni estaba canonizada y su culto era una reminiscencia del paganismo, pero estos cultos eran tan populares que la Iglesia decidió canonizar a la Virgen, nombrarla Madre de Dios y adjudicarle un día de celebración en su honor, el día de la Asunción de la Virgen, el 15 de agosto, el día de la fiesta tradicional en honor a Ártemis.



Grabado del S. XVIII con la reconstrucción del xoanon de Ártemis en Éfeso

Ártemis presidía los ritos de iniciación de las mujeres jóvenes, los nacimientos junto a Hera y Hestia y los sacrificios de animales salvajes, a los que también protegía. Pero como normalmente se representa es como una cazadora virgen vagando por los bosques con su séquito de ninfas, Ártemis es la *dea silvarum* en palabras de Ovidio. Se ha pensado normalmente que con la influencia de los pueblos helénicos en la península itálica los latinos aceptaron a Ártemis y la dotaron de su nombre latino, Diana, pero Diana fue una diosa aborigen cuyo culto era muy anterior a las influencias helénicas. Esta Diana era la *Diana nemorensis*, la Diana de los bosques, extensamente tratada en la monumental obra de James George Frazer *The Golden Bough*¹². Los mitos nos cuentan que muchas arboledas fueron consagradas a Ártemis. Su castidad era inviolable y su virginidad se refiere, entre otras cosas, a los bosques vírgenes más allá de la frontera natural de la polis, es decir, más allá de los lugares boscosos que en el neolítico eran tan importantes por su explotación y recolección de frutos. La virgen Ártemis pertenecía a un dominio inaccesible, lejano y oscuro, por eso rechaza ser vista por personas, porque es la guardiana de los misterios. Es salvaje, enigmática e intangible y su virginidad no remite sólo a la asexualidad sino a la castidad primordial de su retiro selvático, lo que no impide que sea adorada como "la gran matriz del mundo" (Harrison, 1992: 29), ya que da el nacimiento a la multiplicidad de las especies preservando su

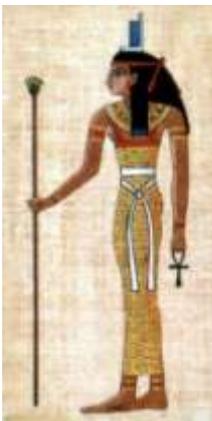
¹¹ HARRISON, Robert P. *Forests...*, op. cit., Pág. 19-30.

¹² FRAZER, James George. *La rama dorada. Magia y Religión* (1890). Versión abreviada de 1922, Trad. de Elisabeth y Tadeo I. Campuzano. Madrid: Fondo de Cultura Económica, 1981.



parentesco originario en la misteriosa profundidad de su reino. Hipólito pudo oírla cuando huía de Afrodita pero no la vio; Ovidio en las *Metamorfosis*¹³ nos cuenta la historia de Acteón que, habiéndola visto por error, fue convertido en ciervo y sus propios perros de caza le dieron muerte devorándolo. El mediodía es el momento de menos sombra y por eso en ese momento Acteón ve a Ártemis desnuda, porque ha perdido su sombra protectora del bosque, que es su hábitat. En la obra de Ovidio hay una filosofía materialista de la realidad que cree que todas las sustancias provienen de una misma materia primordial. El tema viene de muy antiguo ya que para los presocráticos había una materia primigenia de la que todo provenía. Acteón logra participar de una visión que está prohibida a los mortales, la visión de lo que está más allá de las apariencias fenoménicas. Ártemis se lo hace ver a Acteón cuando lo transforma en ciervo manteniendo intacta su esencia humana, su íntima mente, su conciencia. Ártemis es la guardiana de la misteriosa matriz de las formas naturales, representa el nómeno del fenómeno, el origen y el misterio de los fenómenos y su multiplicidad, de las formas y especies que conservan sus lazos de parentesco. Quizá por esto los poetas simbolistas del S.XIX hablan del bosque como el lugar de las antiguas correspondencias, donde todas las cosas son hermanas porque son hijas de lo mismo.

La física aristotélica ya enseñó a occidente la dicotomía lógica entre materia y forma. Precisamente la *hyle*, la materia, es el inicio indiferenciado de todas las cosas; la *morphé*, la forma, es el fin, *telos*, que gobierna la *physis* (y la *physis* será el movimiento de las cosas hacia su forma, *morphé*). Pero la *morphé* además de ser el fin es la condición de nuestro acceso lógico a la realidad. *Hyle* significa filosóficamente materia gracias a Aristóteles, pero *hyle* originariamente significa bosque. El pariente latino de *hyle* es *silva*, que viene de *sylua*, fonéticamente cercana a *hyle*. Los romanos tradujeron la *hyle* aristotélica por la palabra *materia*, que quiere decir madera, madera utilizable del árbol, y *materia* tiene la misma raíz que la palabra *mater*, madre. El propio Aristóteles compara la *hyle* con el tejido embrionario que posee el potencial de asumir cualquier forma específica pero que no ha adquirido todavía las propiedades que lo permitan clasificar como una u otra entidad¹⁴. El logos aparece con el fenómeno, cuando la forma aparece, se hace patente porque se identifica con su *telos*. Pero aunque no podamos hablar lógicamente de ella la materia no pierde su preeminencia como matriz genética. Y, precisamente, al no ser susceptible de operaciones lógicas, la mejor forma que la antigüedad clásica encuentra para hablar de la materia es la forma mítica que encontrará su máximo exponente en las *Metamorfosis* de Ovidio, dramatizaciones de la naturaleza insubstancial de las formas de la creación y de las filiaciones que conectan todas las cosas en un origen común.



Isis

Ishtar, semítica, diosa del amor, aparecía en la mañana como macho y en la tarde como hembra pero la mayor parte de las otras Madres separaban los sexos, actuando como generatrices y poseyendo un consorte. Al haber engendrado a este macho debían también escoltarlo ya que era a la vez el hijo, el esposo y el amante. Esto conllevaba el acoplamiento bajo el aspecto vegetal o animal. Así sucedía en Egipto con Isis, hembra a la izquierda y macho a la derecha. Amamantaba a Horus con el seno izquierdo tras haberlo engendrado por inmaculada concepción. Su cuñado había matado a su esposo Osiris por celos, lo había despedazado y dispersados sus trozos. Isis consiguió recoger trece trozos pero le faltaba el órgano genital que habría servido para concebir a Horus, hijo y nuevo esposo. El problema lo resuelve reemplazando el miembro viril de Osiris por un falo de madera. Transformada en halcón vuela siete veces a su alrededor y los círculos representan la autofecundación. Al no contar con el órgano sexual no consigue la resurrección de su esposo por lo que busca la continuidad corporal protegiéndolo de la degeneración y la putrefacción, instalando la momia en un ataúd de madera imputrescible que confiará a las aguas primordiales. Según las versiones, el cofre llega más allá del Nilo, hasta Fenicia y, según las versiones, se transformará en acacia, en cedro o en tamarisco. El árbol creció milagrosamente y el rey de Byblos decidió abatirlo y conservarlo para construir un templo. Cuando

Isis penetra en el santuario Osiris le revela su secreto: está vivo aunque su vida ya no sea material. El rey, conmovido, ofrece el tronco a la diosa y le dedica el templo. Isis remonta el Nilo llevando de nuevo los restos a su tierra originaria.

El mito de Isis y Osiris inspiró numerosas historias donde los árboles hablan y revelan secretos, donde los hombres van de la tierra al infierno o de la aldea al bosque para traer y reanimar al ser amado. Pero atravesar el bosque atemoriza a los vecinos porque nadie franqueaba sus límites o vivía en sus profundidades si no era para el retiro. Los muertos o sus dobles merodean entre los árboles y los visitantes, para calmarlos, depositan ofrendas en el árbol más grande y viejo, ofrendas que podían ser un objeto del desaparecido en el caso de una búsqueda o un objeto del propio viajero en el caso de un viaje.

¹³ OVIDIO. *Metamorfosis*. Trad. de Antonio Ramírez de Verger y Fernando Navarro Antolín. Madrid: Alianza, 2002.

¹⁴ ARISTÓTELES. *Física*, 2, 193b.



Desde el plano iconográfico la estatua-árbol asociaba Madre y Consorte. En Mesopotamia la primera pareja eran Ishtar y Dumuzi, celebrados bajo el aspecto de un *ashérah*, pilar sagrado. En los Fenicios eran Ashtart y Tammouz. Para las islas del Egeo Ashtart era Astarté y, a los ojos de los hebreos, Ashtoreth, que inquietaba al pueblo judío a pesar de que muchos estaban seducidos por el culto a la fecundidad. El culto de Tammouz atraía sobre todo a las mujeres y, en el cuarto mes del calendario babilonio que fue adoptado por los hebreos cautivos, se lloraba la muerte del dios hasta las puertas del templo en un cortejo en que se agitaban ramas. Tammouz descendía a los infiernos y volvería a salir cuando volviese la primavera.

En el S. IV a.c. el poeta latino Teócrito compara las celebraciones de Adonis, amante de Cibele, a las ceremonias consagradas a Osiris e Isis y a sus dobles indo-mediterráneos, Tammouz y Dionisos. Todas tenían también en común el pasaje de muerte y resurrección. En el S. I d.c. el escritor griego Plutarco demuestra este parentesco y destaca que el Adonis de los griegos y los romanos era venerado bajo el aspecto de un *ashérah* en Byblos, Fenicia, en un templo dedicado a la diosa Isis. Tammouz sería la versión fenicia de *Adon* y *Adonis* ('Señor' o 'Mi Señor'). Tammouz, de etimología sumeria, significa 'el hijo puro del océano primordial' (*Dûmûzi-Abzû*). Corvol, a partir de la posible derivación fonética, afirma que *Dûmûzi* desemboca en Dionisos, dios de la vegetación, aunque también indica que procede del vocablo de origen iraní *div-an-aosha*, 'dios de la bebida de la inmortalidad'¹⁵.

Dûmûzi era un dios-árbol y se le celebraba como regulador del agua y el resurgidor de la vida. La Madre habría alumbrado a este dios-árbol para, tras el Diluvio, reconstituir los suelos y consolidarlos, es decir, para revegetalizarlos. Dûmûzi nace en primavera y muere en otoño, aparece en el este y desaparece por el oeste, este consorte encarnaba el Sol, al igual que Osiris, pero también era el señor de las lluvias. Con sus Consortes, las Madres formaban las parejas perfectas, principios de fecundación activos y pasivos.

El árbol y la naturaleza eran la Pareja: él se convierte en su esposo y en su hijo. Por ello el Árbol y la Madre Naturaleza fueron celebrados: los cultos honran la Pareja; los mitos traducen su acción. (Corvol, 2009: 76)

En los mitos genesíacos donde la Madre y el Consorte están presentes siempre aparece un individuo excepcional que no tiene padres ordinarios. Estos individuos pueden ser profetas, ninfas, dioses, semidioses o fundadores de imperios o dinastías. Así sucede con Moisés, Mitra, Atenea, Rómulo y Remo o Afrodita, nacida de la espuma del mar en contacto con la lluvia que traía el esperma de Urano. Tal como cuenta Hesíodo, esta Madre sale del mar y reverdece el desierto de Chipre, transforma también las costas de Citea y elige un árbol, el mirto, que crea un bosquecillo sagrado, el bosque del amor. Afrodita engendra dioses y diosas, semidioses y héroes que obtienen sus poderes fecundantes. Alejandro o Julio César no fueron los únicos en inscribirla entre sus ancestros.

Desde la alta antigüedad las imágenes celebraban a las Diosas Madre, diosas de la fertilidad, que revelaban sus atributos sexuales, su fecundación y sus auxiliares, el árbol para el acoplamiento y la piedra para el alumbramiento. Los mitos evocaban al árbol consorte, falo grande, ancho y longevo. Este árbol era útil para el ser humano pero también atraía su atención porque cobijaba animales y vegetales y acababa por engendrar un bosquecillo. Las poblaciones, que ignoraban las formas de reproducción de los seres vivos, invocaban a las Diosas Madres, pero algunas divinidades masculinas empezaban a revestir cierta importancia porque evocaban al fuego que surgía de las entrañas de la tierra y que los hombres habían aprendido a manejar para transformar los minerales y construir herramientas y armamento. Con las relaciones comerciales las creencias se difunden por el mediterráneo. "Así, el árbol sagrado no siguió siendo en Consorte de la Diosa Madre, sino el lugar donde moraba la divinidad." (Corvol, 2009: 97).

El árbol sagrado era conocido más allá de la comarca y los árboles de su misma especie, que enriquecían a las poblaciones, eran explotados, pero él no. Se aceptaba que no produjese ningún tipo de bienes. Su importancia alcanzaba otras regiones cuando el dios que alojaba desvelaba el porvenir, hacía milagros o satisfacía las peticiones que se le hacían. Los habitantes lo consultaban, lo admiraban y lo invocaban y los visitantes generaban toda una serie de beneficios por lo que era necesario conservar su salud. Además, a través del árbol la divinidad se expresaba y se interpretaban los mensajes a partir del estado de los frutos o de las hojas. Cuando la defoliación era prematura se interpretaba como un mal augurio porque la divinidad que lo habitaba estaba molesta.

El olivo que protagoniza la fundación de Atenas testimonia esta sensibilidad vegetal. Mediante ceremonias religiosas los ciudadanos celebraban al olivo sagrado y lo protegían mientras que multiplicaban su especie para tener beneficios. El polen atrapado en los estratos geológicos permite datar los primeros cultivos de olivos en el III milenio a.c. Se formaron vergeles que poco a poco fueron ganando el conjunto de la península balcánica a través del comercio (protegido) de injertos, los aceites y las salmueras para preparar las olivas. La Madre que era honrada en el olivo no era todavía Atenea pero

¹⁵ CORVOL, A. *L'arbre en Occident...*, op. cit., Pág. 117.



más adelante la patrona del lugar fue declarada hija de Zeus, nacida sin alumbramiento, elemento heredado de la Madre. Atenea surgió de la cabeza de Zeus, rey de los dioses, que fue su consorte antes de convertirse en el soberano olímpico. Según un esquema muy corriente, indica Corvol, el andrógino primitivo engendra a Zeus, un principio masculino, y a Atenea, un principio femenino¹⁶. Cuando las Diosas Madres retroceden ante las deidades masculinas Zeus toma el poder absoluto sobre la cima de la Grecia continental y Atenea reinará sobre la metrópolis con las cualidades guerreras heredadas de su padre, por eso surgió ya armada de la cabeza del dios.

De esta forma, la relación vegetal permanece inmutable. El roble es una especie forestal, por lo tanto natural; el olivo, una especie domesticada, y por lo tanto comercializada; el primero evoca la guerra y el salvajismo; el otro, la paz y la civilización. (Corvol, 2009: 99)

Zeus recupera los poderes de las Madres, la soberanía sobre cielo y tierra y el poder de creación de dioses y hombres. Señor de la montaña, ordena las lluvias y desencadena las tormentas. En las costas del mediterráneo, la cubierta forestal más allá de la tierra arada no disponía de árboles de grandes dimensiones salvo en determinadas cimas ante las que se arremolinaban las nubes. Este es el caso del monte Liceo, cumbre de Creta, en cuyo bosque de robles se situó el primer santuario consagrado a Zeus, con dos columnas en las que el dios habitaba. Pausanias, en su *Descripción de Grecia*¹⁷, ya en el S. II d.c. menciona el bosque sagrado y el templo de madera, que fue devorado por un incendio y sustituido por una reconstrucción en piedra. El propio Pausanias en el mismo pasaje menciona el oráculo instalado en un roble sagrado del bosque de Dodona. Zeus había vencido a los Titanes, nacidos de la Madre Gea, que representaban la reproducción asexual, y los relega al Tártaro, al fondo de la Tierra. De su sangre nacerá el árbol de Dodona. Con Zeus vence la reproducción sexual, que le llevará a inseminar la totalidad del mundo de todas las formas posibles. En los mitos que escenifican sus continuas infidelidades con diosas, ninfas y mujeres no se le muestra haciendo uso de la partenogénesis o la autofecundación, que son modos de reproducción propios de las Madres con sus consortes. Teniendo aspecto humano, las aventuras amorosas le obligan a metamorfosearse pero jamás adopta la imagen de un vegetal. Sin embargo, su emblema es el roble. El árbol de Zeus se consagrará como rey de los árboles y simbolizará el poder y la soberanía, además de constituirse como modelo para las personas, las dinastías y las sociedades que querrán poseer sus cualidades, como la solidez o la fortaleza, y lo utilizarán de ejemplo.



Restos del santuario de Zeus en Dodona, donde su oráculo se interpretaba a partir del sonido que el viento ejercía sobre unas cadenas y calderos colgados de las ramas de un roble, el árbol de Zeus.

En el Lazio, antes del dominio romano, los gemelos Rómulo y Remo poseían las cualidades de los nacidos bajo el árbol consorte. En las distintas versiones del mito los gemelos escapan al ahogamiento en las aguas y son amamantados por una loba hasta que un servidor del monarca los recoge y los educa. Una higuera los protege y abriga mientras la loba los alimenta. Cuando Plinio el Viejo escribe su *Historia natural* habla de este árbol que crece en el foro y de la loba de bronce que los romanos veneran bajo sus ramas. El comportamiento del árbol es tomado como presagio y cuando se seca los sacerdotes se apresuran a plantar uno nuevo ya que el árbol representaba el destino de la ciudad. Para Corvol esta historia es un eco del culto rendido a la Madre local, que tenía como auxiliares a la higuera y a la loba y que, en ese lugar, engendró a los hombres en un enclave que permanecería poblado tanto tiempo como viviese el árbol. Algo muy parecido le ocurre a Moisés, abandonado en las aguas del Nilo hasta que un obstáculo, un árbol o una roca, retuvo su canasto en la orilla. El árbol estaba ligado al ciclo de las estaciones y su propia vida cíclica era una alegoría del poder o la potencia vital. Unido a otros elementos que pueden llegar a ser contrarios, como por ejemplo las rocas, puede representar la universalidad del cosmos:

La unión del árbol y de la roca aparece en Virgilio como un microcosmos perfecto, la imagen misma del mundo bajo el doble aspecto de la perennidad indestructible y de la metamorfosis en renovación perpetua que se regenera en cada estación. (Chalvet, 2011: 30)

¹⁶ *Ibid.* Pág. 98-106.

¹⁷ PAUSANIAS. *Descripción de Grecia*. VIII; XXXVIII, 7.



Hermes nació bajo un álamo en Samos y más tarde enseñará las artes de la medicina al dios Asclepio, Esculapio romano, que a su vez nació bajo un ciprés o un olivo, consortes de Astarté; la Madre tomó el aspecto de la serpiente. Hipócrates, discípulo de Asclepio, nació bajo el plátano de Cos. Hera, diosa del hogar y de las matronas, vivió bajo el sauce de Chio hasta sus bodas con Zeus. En su matrimonio infeliz, tras las afrentas de Zeus, siempre volvía al sauce, su confidente: el consorte o auxiliar de una Madre se convirtió en el emblema de la diosa. Este sauce, y sucesivamente los que surgieron a partir de los esquejes, atraía a las esposas que acudían para remediar la infidelidad de sus esposos o la esterilidad de su unión, como muestra Pausanias en el S.II¹⁸.

Los árboles venerados alimentaron los mitos genesiácos y los mitos dinásticos. Las representaciones en madera, como los *xoanon*, eran universales y circulaban con el comercio, las migraciones o las invasiones. A través de ellas las divinidades eran honradas como principios de fecundidad y como expresión de renovación. Dionisos era un tronco con cabeza barbuda, máscara y manto, dios-pilar que poco a poco fue extraído de su *xoanon* pero que, abandonándolo, mantuvo sus elementos pináceos. Sus funciones eran inseminar los terrenos baldíos. Conduce a los sátiros, los silenos y las bacantes coronadas de hiedra. Alejandro, tras la conquista de Babilonia, encarna al dios y se adorna como él. Así otros emperadores con tendencias orientalizantes intentaron también esta divinización de su persona, como sucede con Julio César o Nerón. En el S.II Apolodoro de Damasco aproxima la pareja Deméter-Dionisos con la egipcia Isis-Osiris¹⁹. La fascinación por oriente fue permanente, desde los fastos de las monarquías helenísticas hasta las celebraciones en Roma a los generales que habían conseguido victorias decisivas en el extranjero y a los que se les hacía desfilar en carros de caballos y seguidos de un séquito que incluía bestias como panteras y tigres y plantas como la viña y la higuera. Los mismos Arcos del triunfo están inspirados por oriente, con sus postes recubiertos de follaje y guirnalda. Los césares, al convertirse en dioses vivos, exigen una puesta en escena como las de los generales vencedores y son enmarcados por dos árboles exóticos y seguidos o precedidos por fieras.

Dionisos era su inspiración. Dionisos encarnaba la juventud que el vino permitía reencontrar, del que él enseña el arte de la preparación y el consumo. El vino, muy condimentado, favorecía la circulación, estimulaba los trabajos de fuerza y remediaba los problemas sexuales. Las mujeres que daban a luz un varón bebían vino en su época de lactancia para fortificar al retoño y Dionisos, ligado al ciclo vegetal, era masculino o femenino en función de la época y de las vestiduras y elementos con los que los fieles adornaban su *xoanon*. La dualidad permitía la creación y era la razón por la que se le figuraba con dos caras o una cara y una máscara en la nuca. Así le fue atribuida la creación del teatro.

El emisario de Ártemis (que no se puede mostrar al mundo) en el mundo humano es Dionisos, que vaga por los bosques con un séquito de ninfas. El bosque será el dominio de este dios en los himnos homéricos, donde aparece como una fuerza disoluta, juguetona y orgiástica. Parece ser lo opuesto a Ártemis pero sus cultos tienen muchos paralelismos²⁰. Dionisos es el protector de los animales salvajes pero además es un dios animal que se transforma continuamente, el dios de la transformación por excelencia junto a Proteo. Los iniciados en sus misterios danzan creyéndose transformados en sátiros, criaturas del bosque, éste es su éxtasis en la interpretación nietzscheana.

Las metamorfosis están ligadas al bosque como el lugar que preserva las filiaciones y trae la confusión de identidades. Transformado en otro se tiene el éxtasis visionario, la intuición quizá prohibitiva o incomunicable. Más allá de la filiación entre Dionisos y Ártemis está la de sus víctimas, Acteón y Penteo²¹, primos que cumplirán el mismo destino y morirán en el mismo bosque del monte Citerón (el caso de Penteo lo vemos en *Las Bacantes* de Eurípides²²). Harrison interpreta la transformación de Acteón en ciervo manteniendo su conciencia como la versión más excelsa del éxtasis dionisiaco bajo el paradigma de Nietzsche²³, en el que el hombre se ve a sí mismo entrar en otro cuerpo representando el momento visionario de la revelación dionisiaca, ya que según Nietzsche en el origen del drama griego está la transformación mágica, la metamorfosis en la que el individuo contempla una visión fuera de sí mismo²⁴.

Dionisos representa la materia primordial del mundo, absolutamente indefinida. Existían muchas similitudes entre el Dionisos de origen iraní y el Attis anatolio, sobre todo en cuanto a los árboles fetiche.

¹⁸ *Ibid.* VII, 44; VIII, 23; IX, 22.

¹⁹ Comentado en CORVOL, A. *L'arbre en Occident...*, op. cit., Pág. 116.

²⁰ BURKERT, Walter. *Greek religion*. Trad. al inglés de John Raffan. Cambridge: Harvard University Press, 1985. Pág. 222-223.

²¹ Véase la voz "Penteo" en GRIMAL, Pierre. *Diccionario de Mitología griega y romana* (1951). Trad. de Francisco Payarols. Barcelona: Paidós, 2008. Pág. 420-421.

²² EURÍPIDES. *Bacantes*. Trad. de Nora Andrade. Buenos Aires: Biblos, 2003.

²³ HARRISON. *Forests*, op. cit., Pág. 38

²⁴ NIETZSCHE, Friedrich. *El nacimiento de la tragedia*. Traducción de Andrés Sánchez Pascual. Madrid: Alianza, 2003.



En Tracia, Attis era llamado Adonis, consorte de Cibele, madre primigenia de la naturaleza salvaje, que los balcánicos descubrieron atravesando el mar de Marmara en sus expediciones. Todo el noroeste de la península de Anatolia celebraba a Cibele y Attis. En otoño, la Madre encerraba al consorte en el árbol y lo liberaba en primavera. Su muerte y su resurrección son acompañadas de grandes celebraciones y el consorte revivía y reencontraba su potencia sexual. El pino, resistente al frío y calor extremos, a las diferentes humedades de la atmósfera y la acidez del suelo y a las alturas donde otras especies no crecen, conquista rápidamente todos los terrenos. En Tracia o en Macedonia el dios del pino rige el calendario agrícola.

La población pasó así del culto de los dioses y de los xoanon (idolatría) al culto a los árboles (dendolatría). De hecho, más que un dios, el árbol era considerado como un intermediario entre las fuerzas sobrenaturales y las fuerzas naturales. (Corvol, 2009: 119)

Cibele era la equivalente mediterránea de Astarté, la Diosa Madre hija del cielo y de la Tierra. Recoge a Attis en la orilla de un río y le educa, llegando a sentir por él una pasión irrefrenable. Pero Attis, creyendo que Cibele era su madre, esposa a la hija de un rey desatando la furia de Cibele que castra al rey y al propio Attis. Arrepentida de su arrebato intenta reencontrar su amor y el tribunal de los dioses acuerda una resurrección temporal de Attis bajo la forma de un pino, el mismo pino bajo el que él se había quedado sangrando. Cibele era celebrada en toda Grecia, continental y colonias, y traspasará a la República romana. Más tarde, el culto al pino fue asociado al culto imperial, una fiesta con multitud de elementos dionisiacos. La multitud romana esperaba la salida de Cibele del templo, no ya en un xoanon sino en una estatua de plata levantada sobre un carro llevado por hombres disfrazados de leones, las bestias que ella dominaba. Estaba vestida con un manto florido simbolizando el periodo de cultivo y portaba una llave que remitía a los graneros que ella custodiaba. La procesión llevaba a Cibele hasta el río para bañarla y para rodear su pino, y después recorría el camino inverso traduciendo así el ciclo de las estaciones. Estas celebraciones se exportaron desde Roma a casi todas las urbes en su dominio. Así, en todo el Imperio, el pino que recordaba a Attis, su castración y su agonía, fue celebrado. Poco a poco la fiesta de Dionisos eclipsa a la de Attis en las ceremonias equinocciales de la primera semana de noviembre y la tercera de marzo, fiestas de la muerte y de la vida que más tarde serán recuperadas por la liturgia cristiana. Las ramas destinadas a la procesión de primavera en torno a Cibele son bendecidas por el sacerdote y agitadas a su paso. En otoño se rodeaba el tronco de cintas mortuorias y de guirnalda violetas. La violeta era la última flor del invierno y la anémona la primera de primavera, ambas especies forestales, salvajes, como las ninfas de Cibele.

Como hemos visto, en los albores de la cultura europea el bosque se convirtió en imagen de la naturaleza misma, imagen que actuará como contrapunto a la de la cultura con el desarrollo de las sociedades antiguas. Estas sociedades, con sus instituciones cada vez más abstractas y fundadas sobre el patriarcado, recluirán en el bosque los antiguos cultos provenientes de sociedades matriarcales más antiguas cuyos cultos derivan de la creencia en la Gran Madre, matriz universal de una materia indiferenciada que se autofecunda para engendrar las distintas formas a partir de la figura del consorte creado por ella misma. Este consorte será un árbol individualizado, que será divinizado él mismo o refugio de una nueva divinidad, y que acabará siendo imagen o atributo de los distintos dioses de los panteones griego, romano, celta y germano. Estos cultos y estas imágenes perdurarán hasta bien entrada la Edad Media tras la irrupción del cristianismo en el continente europeo, y aún hoy podemos encontrar sus reminiscencias en los ritos religiosos y en las tradiciones rurales. Pero sobre todo algo perdura en la sociedad contemporánea: la imagen del bosque como el refugio de una naturaleza salvaje y primigenia y la imagen del árbol como representante de los ciclos de la vida, de la muerte y la regeneración.